

El último Sarmiento

Sergio Pastormerlo¹

Hernán Pas, *Sarmiento, redactor y publicista. Con textos recobrados de El Progreso (1842-1845) y La Crónica (1849-1850)*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 2013, 286 páginas.

La primera mitad del libro es un estudio de Hernán Pas sobre la prensa chilena y Sarmiento en Chile durante la década de 1840. La segunda mitad es una “Antología” de textos inéditos publicados en dos periódicos redactados por Sarmiento, *El Progreso* y *La Crónica*. Para que en la “Antología” el lector no encuentre solamente la voz de Sarmiento, Pas incluyó además algunos textos publicados en un tercer periódico chileno de la época: *El Siglo* (desde *El Siglo* escribían contra *El Progreso*). A su vez, la primera mitad está dividida en: “Primera parte. La irrupción de la prensa” y “Segunda parte. Las artes pragmáticas del publicista”. Incluye además un extraordinario tercer texto, más breve y más ensayístico, titulado “Colofón. Ser un autor”, sobre la historia premoderna y moderna de la autoría.

¹ Doctor en Letras. Se desempeña como adjunto ordinario de Literatura Argentina I y Teoría de la Crítica en el Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria (CTCL) del Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS), dependiente de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FAHCE), Universidad Nacional de La Plata (UNLP)-CONICET. Mail de contacto: spastormerlo@gmail.com.

La “Primera parte” queda resumida en una pregunta que Hernán Pas retoma del Sarmiento de *El Zonda*: “¿Qué es pues un periódico?”. La pregunta se refiere a la materialidad de los impresos periódicos. Se trata de describir los periódicos como objetos físicos, como cosas que se pueden mirar. ¿Cómo eran de grandes? ¿Cuántas páginas tenían? ¿Cuántas columnas tenía cada página? Y esas preguntas de ficha técnica se plantean para llegar después a preguntas más interesantes. Por ejemplo: ¿cuánto se parecían las páginas de los periódicos, en su tamaño, en su diseño, a las páginas de los libros? Esta primera parte, además, comienza a contarnos el sistema de la prensa en Chile en 1840: un sistema precario, pero inmerso en un proceso de modernización acelerada.

De modo que la primera parte funciona como un marco introductorio para la segunda, que se ocupa ya directamente de *El Progreso* y *La Crónica*. Recordemos que *El Progreso* fue un diario, el primero de Santiago, que Sarmiento redactó hasta 1845. Allí, a mediados de ese año, publicó el *Facundo*. Y *La Crónica* fue un semanario, ligado a la imprenta que Sarmiento tuvo en sociedad con Julio Belín, fundado a principios de 1849. Al contarnos la historia de estos dos periódicos, el libro reúne dos momentos en la vida de Sarmiento: antes de escribir el *Facundo* y de viajar a Europa y Estados Unidos; después del *Facundo* y de ese primer viaje. Si tuviera que recortar algunas páginas del libro como bibliografía para una clase sobre el autor sanjuanino, elegiría esta segunda parte –en especial, la sección “De *El Progreso* a *La Crónica*”

–. “En *La Crónica*”, dice Hernán Pas, “se percibe un cambio de tono. No de estilo, sino de tono”.

Copio de esa sección una página, la 92, que seguramente dará al lector una idea más plena y precisa del libro:

Varios motivos explican ese cambio de tono, y también de estrategia. En primer lugar, el Sarmiento que regresa de su viaje europeo no es el mismo que se fue comisionado por el gobierno chileno, cuando sus discusiones con *El Siglo* lo habían colocado en extrema visibilidad pública. Sarmiento volvía cargado de experiencias y saberes, afanoso de canalizarlos institucionalmente. Por tanto, no es de sorprender que *La Crónica* haya funcionado como el órgano difusor de sus ideas sobre educación popular e inmigración extranjera, dos de los temas que incorporó con mayores y mejores fundamentos luego de su periplo por Europa y Estados Unidos. En segundo lugar, ni el formato ni el tipo de periódico pensado para esa ocasión se asimilan a lo que fue *El Progreso*. En efecto, imaginada primero como una revista, *La Crónica* se publicaría semanalmente, los sábados por la tarde, en pliegos de ocho páginas y a dos columnas. De modo que el formato presumía un tipo de publicación más meditada, sin la necesidad de responder a los requerimientos de una edición diaria. Es lo que explica el propio Sarmiento en un editorial a poco de haber iniciado la publicación: “La forma que la *Crónica* se dio, el día que ha escogido para su aparición, el precio que ha puesto a sus columnas, todo indica que desea circular, sin dañar a nadie, viajar, sin cansar los mancarrones que llevan la mala, acomodarse a todas las fortunas, y poder llegar a muchas manos”. Por último, a pesar de que desde 1846 regía la nueva y restrictiva ley de imprenta impuesta por los ministros Varas y Montt, la prensa había logrado un desarrollo gradual, y nuevas imprentas y nuevos periódicos se editaban tanto en Valparaíso y Santiago como en Copiapó, Talca, Coquimbo y San Felipe. A principios de 1849, entonces, el panorama

para la edición de un periódico era bastante distinto al de aquel año ‘42.

Ahora, en 1849, nos dice después Hernán Pas, a Sarmiento no lo inquieta tener pocos suscriptores. Y algo todavía más extraño: ahora, no lo entusiasman las polémicas. Es extraño, pero se comprende: el polemista tiene poco que ganar si su adversario no es, por lo menos, un par. Para cerrar esta segunda parte, el autor elige muy oportunamente una discusión entre Sarmiento (desganado) y Alberdi (contradictorio) que anticipa la llamada “gran polémica” de 1853: el duelo, tan desigual, de las *Cartas Quillotanas* y *Las Ciento y Una*.

Fue un duelo desigual porque Alberdi pretendió destruir a Sarmiento subordinándose a él. Apostó a escribir un estudio docto, impersonal y ecuánime sobre las obras de Sarmiento. Como decía Julio Schwartzman, Alberdi actuó como si aspirara a convertirse en bibliografía crítica sobre su enemigo. En su respuesta, Sarmiento empezó por dejar en claro que las argumentaciones laboriosas de Alberdi no le importaban. Sólo importaban (otra vez el pragmatismo sarmientino) los propósitos de su oponente: destruir su reputación. Al Alberdi que lo estudiaba pacientemente en sus obras, Sarmiento le respondió con aquel gracioso rosario de insultos: doctorcito, valetudinario, charlatán mal criado, veleta, tuno, hipócrita, gazmoño, pillo tonto, tonto estúpido, saltimbanqui, pandereta, insolente deslenguado, escuálido y entecado, enclenque, hombros de mosquito, alma y cara de conejo y la hija de puta que lo tiró de las patas.

Al principio conté la estructura del libro prolijamente, pero no dije que incluía también una “Presentación”, que comienza con una justificación: “Conviene aclararlo desde el inicio: no es

éste ‘otro libro sobre Sarmiento’”. Y esta aclaración, a su vez, va seguida de otra: “Mejor dicho, no es otro libro *solo* sobre Sarmiento, dedicado exclusivamente a su obra”. En efecto, el texto repone los contextos de Sarmiento en Chile en la década de 1840, y es justo decir que los contextos importan más que su figura, inevitablemente descomunal. Hernán Pas dice en la “Presentación” que su método siguió un “recorrido inverso”: “fue la lectura de los periódicos de la época la que terminó guiando nuestras reflexiones sobre la escritura de Sarmiento”. Y llega a afirmar incluso: “Puede decirse que la figura de Sarmiento nos ha servido de excusa para abordar el complejo fenómeno de la producción, edición y circulación de la literatura periódica en una época en que, como tendremos ocasión de observar, ésa era la única *forma* que podía adoptar lo que hoy, indulgentemente, designamos como *literatura*”. Aunque toma distancia de las celebraciones del genio de Sarmiento y cumple el milagro de bajarle el ego al sanjuanino, la “Presentación” no omite la palabra “excepcionalidad”. Este libro es un libro de historia de la prensa o de la literatura, y la excepción, como sabemos, es la desesperación y hasta la refutación de los historiadores.

El texto quizá nunca celebre explícitamente la singularidad de Sarmiento, pero con su método, con la inversión de su método, capta la excepcionalidad sin caer en la ineficacia propia de los homenajes. Entre los muchos tópicos que trata voy a elegir dos de los que aparecen más extensamente analizados. Uno es el tema de los inagotables recursos a los que apeló Sarmiento para hacerse un lugar, recién llegado a Chile (en Chile y a pie), como publicista: la introducción del folletín, las polémicas, las crónicas de teatro, la moda,

las biografías, la novedad de la litografía, etc. El otro es la precariedad del campo de la prensa periódica en Chile en 1840. Se trataba de repetir lo de Émile de Girardin, pero en el desierto, y de ser un publicista aunque no hubiera público. El éxito era tener cien o doscientos suscriptores.

El mayor obstáculo, más que las altas tasas de analfabetismo, era la escasa población desparramada en vastas extensiones (lo que Sarmiento o Alberdi llamaban el “desierto”), las insuficiencias del correo y de los transportes. *El Progreso*, nos cuenta el libro, no podía salir sin las noticias del puerto de Valparaíso, pero el correo de Valparaíso llegaba casi siempre retrasado. Además (sigo citando a Pas que cita a su vez una nota del diario), “las suscripciones eran tan dispersas geográficamente que los repartidores se veían obligados a ‘hacer siete leguas diarias de unas en otras calles para distribuir aquí un número y en los quintos imbornales otro, perdiéndose en esto toda la mañana’”. En una nota al pie Pas registra otro ejemplo del optimismo invulnerable de Sarmiento. *El Progreso* había conseguido seis nuevos suscriptores en un pueblito, San Felipe. Sarmiento estaba contentísimo: “Hemos obtenido de San Felipe seis suscripciones, y nos damos por muy satisfechos”.

Cuando Hernán Pas vuelve al amor del joven Sarmiento por las polémicas y la publicidad de las opiniones diversas es imposible no recordar a Echeverría, sus desesperaciones ante la pluralidad de las ideas, su obsesión por las creencias en sentido religioso, por los dogmas universales. “¡Pobre Echeverría!”, pero también, incluso, ¡pobre Alberdi!, aquellos líderes iniciales de la generación de 1837 con los que Sarmiento, ya consagrado, después del *Facundo*, volvió

a medirse. Es el contexto –y allí, las muy altas figuras de Echeverría o de Alberdi– el que permite estimar la estatura de Sarmiento.

El libro de Hernán Pas dialoga sobre todo con dos de los volúmenes que mejor justifican las *Obras Completas* de Sarmiento: los dos tomos titulados *Artículos críticos y literarios*. En su segundo momento, el de *La Crónica*, Sarmiento llega a su punto más alto como escritor. Pero iba demasiado rápido, de modo que este segundo Sarmiento, que Pas nos ayuda a recobrar, es también el último. Si la velocidad le permite pasar de la admiración al desprecio por sus

modelos (Pas recuerda aquel episodio en que el joven Sarmiento le pedía tímidamente al joven Alberdi un juicio sobre unos poemas que había escrito), esa velocidad también lo expulsa de la literatura. Como decía Halperin Donghi, la escritura de Sarmiento, después de la *Campaña en el Ejército Grande*, se desintegra. Lo sabía Miguel Cané, que en su juventud tuvo que abarajar y volver legibles los manuscritos imposibles que el presidente escribía para *El Nacional*: hacia 1870 Sarmiento ya escribía tan rápido que no sólo salteaba los artículos o las preposiciones, sino también los verbos o los sustantivos.